

## SERMON

### SOBRE QUE LA VERDADERA FELICIDAD

CONSISTE EN LA UNION CON DIOS.

*Omnia vestra sunt, vos autem Christi,  
Christus autem Dei.*

Todo es vuestro, pero vosotros sois de  
Cristo y Cristo de Dios.

I ad Cor. cap. III, v. 22 y 23.

El hombre, señores, aspira constantemente á la felicidad, como que ha nacido ciertamente para la grandeza, y por esto no hay que estrañar que aspire siempre á ella. Pero desde el momento en que las pasiones se sobrepusieron á la razon humana, los deseos del hombre quedaron en el mayor desórden, pues que perdida la luz que le guiara, confundió miserablemente el bien con el mal, hasta el punto de colocar al segundo en el lugar del primero, haciéndolo objeto de sus adoraciones. Desde los tiempos mas remotos viene agitándose en el mundo la cuestion de la felicidad: los mas renombrados filósofos, aquellos hombres que fueron la admiracion del mundo por su claro talento y profundos conocimientos trabajaron con asiduidad por descubrir la esencia del bien que todos buscan, pero que cual un fantasma parece huir de los que en

pos de él caminan. Pues ello es, mis hermanos, que el bien existe: ello es que el hombre puede ser feliz, que puede llegar á encontrar esa felicidad porque anhela. Dios ha impreso en nuestro corazon el deseo de la felicidad, y Dios que es la verdad por esencia no puede engañarnos. El Padre San Agustin hablando en su *Ciudad de Dios* sobre este punto, y refiriéndose á las antiguas escuelas, nos dice que Varron contaba mas de doscientas ochenta sectas, entre existentes y posibles sobre la esencia del bien (1). Diógenas coloca el verdadero bien en la ambicion, Epicuro en los deleites, así como Pirron en la exencion de todo deber. Pero entre tan diversas opiniones, vemos la de un filósofo que apesar de ser pagano como los que antes hemos citado, se acercó á la verdad: fué Séneca, que á pesar de carecer de la luz preciosa de la revelacion que á nosotros nos guia en la oscuridad del mundo, conocia la imposibilidad de encontrar el hombre la felicidad, sin que Dios venga en su ayuda dándole la mano y conduciéndole por medios puramente celestiales (2).

En vosotros, hijos de la Iglesia de Jesucristo, existe el mismo deseo de felicidad que ardia en el corazon de los antiguos filósofos: deseais la posesion de un bien que satisfaga todas vuestras necesidades: pero este bien ha de ser no transitorio sino eterno, porque de otro modo, la idea de perderlo, os arrebatará como dice el Padre San Agustin, parte del gozo que experimentais al poseerlo (3). Pues bien, yo deseo haceros comprender hoy, cuándo, cómo y de qué modo po-

(1) Marcus Varrohas quatuor adhibens differentias... ad sectas ducentas octoginta octo pervenit; et si quæ aliæ possunt similiter adjici. Lib. XIX cap. II.

(2) Veáanse los ensayos de Montaigne, lib. 2, cap. 12.

(3) San Aug. de Vita beata, cap. 2.



deis satisfacer esa pasión suprema del bien y de la felicidad. Destinado por Dios, para evangelizar entre vosotros, siendo mi deber señalaros con el dedo las sendas por donde debéis dirigir vuestros pasos, os diré: No es la tierra vuestra patria sino vuestro destierro: no es en ella donde habéis de encontrar la felicidad, sino en el cielo, donde os están preparados bienes inmensos y eternos. El Santo doctor que pocos momentos hace hemos citado, y que antes de su conversión había brillado en la sociedad mundana, había recibido grandes aplausos, por su ilustración, por su elocuencia, por sus profundos conocimientos demostrados en sus discursos, y por la belleza de sus imágenes, esclama hablando de sí mismo, en el libro de sus confesiones: «Nos hiciste, Señor, para tí, é inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en tí: *Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te* (1)» Dios es el bien sumo: en su posesión únicamente podemos ser felices. San Pablo, haciéndonos conocer esta verdad de grande importancia, nos dice: «Todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo, como Cristo es de Dios.» Dirijámonos, pues, á Dios por Jesucristo: la práctica de la virtud á él nos conducirá, y en su posesión encontraremos la felicidad. Pensamiento, señores, digno de la mayor atención. Antes de desenvolverle, imploramos los divinos auxilios por la intercesión de la Purísima Virgen. *Ave Maria.*

(1) San Aug. Confess. libro 1, cap. 1.

PARTE UNICA.

¿Cuál es, M. A. O., la idea que la religión católica nos da del hombre? San Pablo nos la explica admirablemente en las palabras antes citadas, y con las cuales abrimos el presente discurso: *Omnia vestra sunt, vos autem Christi; Christus autem Dei.* El hombre es una criatura subordinada á Dios, de quien recibe la vida, la razón, la inteligencia, en una palabra, en quien existe, se mueve y es, como dice el mismo Apóstol. Por esto el ángel de las escuelas nos enseña que la primera obligación del hombre luego que llega al uso de la razón, es hacer á Dios un pronto homenaje de su mismo corazón. Si así lo hiciéramos, si durante el curso de nuestra existencia sobre la tierra tuviéramos á Dios por objeto y fin de todas nuestras acciones, ciertamente nos dispondríamos á encontrar esa felicidad, ese bien porque nuestro corazón anhela. Ampliemos nuestras ideas, y nos convenceremos de nuestro error al querer encontrar la felicidad sobre la tierra. Todo lo que en el mundo llamamos bienes, afectan al exterior, al cuerpo, pero no pueden penetrar á la parte superior de nuestro ser racional, que es el alma. ¿Cómo quereis que contemplemos al hombre? ¿Cubierto de honores, halagado por aplausos que hacen rebosar su corazón en las mas dulces expansiones? Sea en buen hora. ¿Podrá llamarse feliz en este estado? Supongamos que es un conquistador ilustre, que ha dado días de gloria á su patria, pacificándola con la destrucción de sus enemigos. Tiene un momento de verdadero placer: aquel en que entra en la capita



que le aclama, entre vítores y aclamaciones: aquel en que ve al monarca descender de su s<sup>o</sup>lío, estrecharle entre sus brazos y colocar en su pecho las mas honrosas condecoraciones: pero al mismo tiempo la envidia empieza á crearle enemigos, y al paso que unos le prodigan los mayores elogios, encomiando y celebrando cual es justo su valor, otros trabajan por eclipsar su mérito, atribuyendo á otras causas el triunfo y la victoria. Aun no es esto solo: el hombre lleva consigo el g<sup>er</sup>men del mal, y jamás puede separarse completamente de sus pasiones: los aplausos le embriagan, la ambicion se apodera de su corazon, y si ha llegado á ocupar segun sus deseos uno de los puestos mas distinguidos en el estado, su dicha, su felicidad es momentánea, es de un instante. Al dia siguiente no se halla contento, y sueña con el trono. ¿Quereis ahora colocarle en este lugar? Sea. La aclamacion de un pueblo le ha colocado sobre su s<sup>o</sup>lío. Con su diestra maneja las riendas de una nacion, y multitud de vasallos esperan sus órdenes para obedecerlas. ¿Ha completado ya su felicidad? Ha llegado á alcanzar el bien porque anhelaba su corazon? ¡Ah! Que el monarca, y mucho mas el que lo es por aclamacion, jamás se ve libre de enemigos que conspiran no solo contra su trono, sino aun contra su misma vida. El conocimiento de esta verdad, el conocimiento de las maquinaciones de los que le son contrarios, le inquieta y le obliga á usar de las mayores precauciones para la seguridad de su persona.

Ya comprendereis, señores, que es una verdad cuanto acabo de pronunciar. El hombre ora engreido por la abundancia de sus bienes, ora adormecido en los placeres, esclama: ¡Soy feliz! Pero esta esclama-

cion no es otra cosa que un delirio de su imaginacion: dejad pasar algunos momentos, y le vereis buscar nuevos placeres hastiado de los que antes disfrutara: su corazon jamás se sacia, y siempre encuentra en él un vacío. Tan cierto es que el mundo en que habitamos, no es el lugar de la felicidad. La vida del hombre, dice Job, es una milicia sobre la tierra: el hombre siempre tiene que luchar y padecer: las aflicciones, las desgracias, las enfermedades le visitan, ora habite en suntuoso alcázar, ora sea su morada una rústica y movediza cabaña, siendo la muerte el triste fin de todas las grandezas humanas, de todo aquello que el hombre suele llamar felicidad. No es esta felicidad transitoria la que busca nuestro corazon: es sí una felicidad perdurable y eterna: felicidad, señores, que consiste en la union con Dios, para obrar conforme con su espíritu, y reflejar en sí la grandeza de Dios (1). Y ved por que decia no hace mucho tiempo uno de nuestros mas célebres oradores católicos: «El hombre busca un bien que satisfaga todas sus necesidades. Ese bien por lo mismo ha de ser universal; solo así puede hacer felices á todos. Ha de ser eterno; si no lo es, el temor de perderle priva al hombre de la mejor parte del placer de gozarle. Ha de ser inmutable; de otro modo no descansará el hombre en su posesion (2). Ha de ser finalmente infinito; el corazon no se contenta con lo que tiene límites: siempre tiene hambre, y cuando encuentra y posee un objeto, no queda satisfecho si le ve su término, porque el deseo no le tiene, y necesita un objeto sin fin que le sacie, que le llene,

(1) *Secutio Dei beatitatis appetitus est, consecutio autem ipsa beatitas.* S. Aug. de vita beata.

(2) *Id. id., cap. 2.*



que le estinga, no dejándole en qué ejercitarse (1). ¿Puede el hombre, entregado á sí mismo y sin otros medios que su razon y las criaturas, encontrar ese bien necesario para satisfacer una pasion inmensa? De ningun modo (2).» Y es una verdad, porque demostrado está que nada perecedero puede satisfacer los deseos del corazon humano.

Entrad, mis señores, en la region de los muertos: visitad un campo santo, leed las inscripciones que os dan á conocer á quien pertenecieron los restos mortales alli depositados; tomad en vuestra mano un poco de aquel polvo, y ved el fin de las mundanas dichas, el término de la grandeza y de todo lo que el mundo llama felicidad. Entonces podeis contemplar cuán frágil y perecedero es todo aquello con que la sociedad nos halaga, y no podreis menos de convenir conmigo en que felicidad tan transitoria no es la que puede saciar los deseos de nuestro corazon.

Tratemos, pues, de buscar en la posesion de Dios, en nuestra union con este bien supremo é infinito, la verdadera dicha y positiva felicidad, esa felicidad y esa dicha cuya posesion nos está prometida en recompensa de nuestra fé y de nuestra fidelidad. Acabo de guiar vuestra imaginacion á la region de los muertos, para que á vista del mudo y elocuente lenguaje de las tumbas contempleis la nada de nuestro sér; pero considerad, que si bien somos polvo, este polvo está amasado por las manos del Omnipotente: no todo es materia en nosotros: la parte principal y mas noble de nuestro sér, es el alma que no está sujeta á descom-

(1) *Tantæ dignitatis est cor humanam, ut nullum bonum præter summum ei sufficere possit. Ib.*

(2) Sanz y Forés Sermones del Santísimo Sacramento. Sermon IV.

posicion, que no muere, que ha de vivir para siempre gozando ó padeciendo, y hasta nuestro mismo cuerpo, que es materia, que se descompone, que muere, que se reduce á polvo, volverá á tomar su forma en el dia del juicio universal para unirse de nuevo al alma de la que fué compañero, para ser participante de su mismo destino. ¡Oh poder de Dios! Desgraciado de aquel que engreido con la aparente felicidad que el mundo ofrece á sus seguidores, y que como hemos visto, jamás satisface el corazon, descuida el grande, el importantísimo negocio de la salvacion, del que pende la verdadera y eterna felicidad.

Si pues la felicidad es completa en el cielo, podemos aun empezar á disfrutarla en la tierra siempre que procuremos vivir unidos á Dios, por medio del lazo hermoso de la caridad. Sí, M. A. O.; el amor es el que nos une á Dios. Por esta razon, Dios que para nada necesita del hombre, pero que desea su felicidad, le dice: «Me amarás con todo tu corazon, con toda tu alma y con todas tus fuerzas (1).» Y este mandamiento, que es el anuncio de la felicidad eterna, nos lo intima la Iglesia en el momento mismo de afiliarnos por el santo bautismo en el número de sus hijos. Apenas le pedimos la fé, para alcanzar por ella la vida eterna, nos prescribe el ejercicio de la caridad, el amor de Dios como base de todas las virtudes, y solo á este precio nos ofrece la posesion de la Bienaventuranza (2).

Despojaos, señores, del amor divino; dejad apagar en vuestros corazones el fuego de la caridad; vivid entregados á vosotros mismos; acoged esas doctrinas que insensiblemente os van separando de Dios; no

(1) *Math. cap. XXVII, v. 37.*

(2) *Ordo. Bap. parvul.*



guieis vuestra imaginacion mas allá del sepulcro, y vereis desaparecer la paz de vuestros corazones, la tristeza se apoderará de vosotros, y perdiendo la esperanza de una eterna recompensa, encontrareis desabrimientos en todas las cosas de la tierra, porque necesariamente vuestro corazon estará vacío del único objeto que pudiera satisfacerle. ¡Qué desgraciados sereis si obráis de tal modo!

Admirad, cristianos, la caridad de Dios para con las criaturas y los medios de que se sirve para atraerlas á sí. Ama al hombre de un modo extraordinario, desea su bien, le ha criado para que la goce eternamente y le ofrece mil medios para que consiga este bien supremo. El hombre erró engañado por la serpiente el camino del bien (1), y queriendo ser como Dios, cayó en el abismo de la mayor desgracia. Dios lleno de caridad, aun antes de pronunciar la sentencia contra los delincuentes del Paraiso, les ofrece el remedio, anunciando la venida del Reparador. Por esto dice el Evangelista: «Dios es caridad, y el que vive en caridad está en Dios y Dios en él (2). Durante los cuatro mil años que transcurrieron desde la caída del hombre hasta la venida del Redentor multiplicó el Señor las promesas, suscitando inspirados profetas que declarasen al mundo los caracteres que habian de adornar al Mesías, las persecuciones que habia de experimentar, y hasta el lugar de su nacimiento. Luego que se han evacuado los antiguos vaticinios, que en la persona del Hijo de Dios se han cumplido las profecías, luego que en la cumbre del Gólgotha resonó aquella voz de ventura y felicidad para la mísera hu-

(1) Gén. cap. III, v. 5.

(2) 1 Joan. cap. IV, v. 16.

manidad, *Consumatum est*, todo está consumado; ya quedaba edificada el arca misteriosa dentro de la cual podia el hombre navegar con seguridad hasta descansar en los altos montes de la gloria.

Sí, mis señores, contemplad por un momento los beneficios que se os dispensan dentro de esta arca que es la Iglesia, y vereis donde llega la caridad y el amor de Jesucristo para con nosotros. ¿Os estraviais por el pecado del camino de la felicidad? Jesucristo os ofrece la fuente de los sacramentos para que por este medio volvais al camino recto. ¿Os llama el espíritu del siglo para que acepteis doctrinas perniciosas? Hace resonar en vuestros oídos la predicacion del Evangelio para llamaros al conocimiento de la verdad. ¿Creeis que flaquearán vuestras fuerzas y que podreis caer al empuje de las violentas pasiones? Jesucristo os llama y os ofrece un alimento divino, el pan de los fuertes, y dándose á vosotros en la sagrada Eucaristía: «Tomad, os dice, tomad y comed, este es mi cuerpo (1)». ¡Ah! ¡Qué maravilla! «Mi cuerpo es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida, el que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él; vive de mi misma vida (2).» De este modo, Jesucristo alimenta al alma, haciéndose una misma cosa con el hombre, porque le da la verdadera vida, obrando el misterio de nuestra regeneracion y de nuestra elevacion. ¡Qué dignacion tan admirable! Jesucristo dándosenos en la Eucaristía, incorpora en nosotros de una manera particular su carne, y unidos tan estrechamente á él, tenemos dentro de nosotros, por la Comunión, al mismo autor de la gracia, viviendo enlazados íntimamente en

(1) Math. cap XXVI, v. 26.

(2) Joan. cap. VI, v. 56-58.



la tierra con el que ha de formar nuestra eterna felicidad en el cielo.

Si Jesucristo es nuestro Padre, la Iglesia que segun la brillante espresion de San Agustin salió de su divino costado, es nuestra Madre: pero una madre llena de ternura que agota, digámoslo así, sus esfuerzos para hacernos felices. Observad sus afanes durante este santo tiempo de Cuaresma. Se propone prepararnos para que celebremos con ella el aniversario de la muerte de su divino Esposo, y nos llama al ayuno y á la penitencia como medios los mas conducentes para nuestra santificacion y para mostrar nuestra gratitud al Dios-Hombre que tan liberalmente se sacrificó por nuestro rescate. Durante, pues, estos dias de salud, este tiempo aceptable como le llama el Apóstol, nos congrega para que oigamos sus exhortaciones, condena los vicios, anatematiza la maldad, y nos enseña las virtudes. Todos sus esfuerzos van dirigidos á que no hagamos para nosotros infructuosa la preciosa sangre que Jesucristo nuestro Señor vertiera por nosotros. ¡Con qué sabiduría obra siempre la Iglesia, regida y gobernada por el Espíritu Santo! Su primer cuidado al abrir la Santa Cuaresma es arrojar sobre nuestra cabeza un poco de ceniza, diciéndonos: «acuérdate que eres polvo y que te has de convertir en polvo.» Y estas palabras, las dirige del mismo modo al Soberano Pontífice que ciñe tres coronas que al último y mas infeliz de los mendigos. A continuacion de esta religiosa ceremonia nos dice que no nos afanemos por juntar tesoros en la tierra: que todo nuestro cuidado sea atesorar para el cielo. Es decirnos que los tesoros de la tierra no pueden labrar nuestra felicidad porque esta la hemos de encontrar únicamente en el cielo.

¿Y cuáles serán los tesoros que debemos allegar para el cielo? Tesoros de virtud, tesoros de merecimientos. La caridad que es la que nos une á Dios, la caridad que es la que nos ha de hacer superiores á las cosas del tiempo; la caridad, en una palabra, que es la que puede hacernos vivir unidos con Dios en la tierra para disfrutarle despues eternamente en la gloria.

No cerremos, pues, nuestros oidos á los clamores y á las maternales voces de la Iglesia: no seamos insensatos desoyendo su consejos. Si aspiramos á ser felices, y como hemos visto, la verdadera felicidad consiste en la union con Dios, vivamos unidos á El por los lazos indisolubles de la caridad y las buenas obras. Apartemos de nuestros lábios la copa de los placeres que el mundo nos ofrece, y abracemos gustosos la mortificacion y la penitencia. En tiempo nos hallamos de perdon. Si hemos dirigido nuestros pasos por sendas estraviadas, acudamos á la fuente de los sacramentos: no desperdiciemos mas tiempo. Tal vez sea esta la última amonestacion que la Iglesia nos dirija, pues podemos morir antes que pensamos, y tal vez repentinamente. Si todo ha sido criado para nosotros, si todo es nuestro, como dice San Pablo, nosotros somos de Cristo, como Cristo es de Dios. Busquemos, pues, á Jesucristo crucificado, abracémonos con su cruz, observemos sus preceptos, y de este modo viviremos unidos á El en la tierra, y mereceremos disfrutar de la verdadera y eterna felicidad, que consiste en la posesion de la gloria. *Amen.*